Evarist Vallès

Por
JOSÉ VALLÉS ROVIRA

La última exposición de Vallès en la Sala Icaria de Figueras mueve aún a algunos espectadores a tratar de hallar en sus cuadros referencias formales directas, cuanto deben considerarse en función de su obra completa. Esta se caracteriza por una neta y ligada trayectoria, que no en todos los pintores suele darse. Pudimos ya constatarlo en su pasada muestra ontológica del último febrero en la Sala Gaspar de Barcelona; el libro monografía con sus fehacientes reproducciones, dedicada al pintor por Santos Torruella, uno de los críticos que mayor atención ha prestado a su obra, nos lo hace tener muy presente. Y es que existe, si analizamos atenta y no parcialmente sus creaciones, perfecta armonía entre su anterior obra referencial y las posteriores plasmaciones no figurativas. Observemos sino como sus cuadros "Nacimiento de Adán, 1954", "Reposo, 1955" y "Mujer bajo los olivos, 1956", que ilustran el libro dicho, entre otros, concuerdan rítmica y plásticamente con la mayoría de los cuadros de su producción reciente, y llegan casi a identificarse con sus telas de límpida transparencia azul. Nadie como Vallès captó en su día tan netamente, el espíritu mediterráneo no exento de surrealismo, el cielo ampurdanés colaboró sin duda a ello, plasmándolo en la exquisita desnudez de sus mujeres playeras, bajo el firmamento de luz purísima, en los que acentuaba el ritmo curvilíneo de las figuras. Luego Vallès, espiritualmente inquieto, que siente vitalmente la atmósfera pura, acompañada de periódicas inmersiones en las profundidades azulinas, se evade de la superficie terrestre, a través de varios destacados cuadros de transición, en los que cual ventanas abiertas, en los inicios de su consideración abstracta, solo muestran el realismo de su cielo nítidamente azulino como tantas veces nos es dado contemplar en nuestra latitud, e invade el firmamento, en el momento que toda la preocupación humana gira en torno a los primeros ingenios espaciales. Vallès proyecta

al espacio la inquietud lumínica que trasplanta al infinito celeste. Cabe empero destacar que sujeta la composición en idéntico ritmo curvilíneo, que constituye su constante gráfica, el signo (forma) elipsoidal, que rememoramos en las estrutcuras corporales de sus figuras. Estas están latentes (presentes) en su obra abstracta actual, reducidas al esquema lineal de sus dinámicos círculos vibrando en el espacio, a los que incorpora la profunda perspectiva del infinito, tan presente y lejano a la vez, conformado en el anhelo de reducirlo a lo tangible.

Por todo ello afirmamos que los perfiles humanos que tan delicadamente escorzó, podrían trasplantarse como actual pop-art a sus últimas obras, porque permanece en ellas vivo su ritmo elíptico, sumergido en los vertiginosos y tramontanescos (empleando el vocablo en el mejor sentido) esquemas curvilíneos, sólo que no nos es dado percibirlos físicamente en su distanciamiento abisal y astral.

Evarist Vallès confirma que su obra constituye una de las más importantes aportaciones a los veinte últimos años de la pintura española, y tal afirmación resulta una opinión modestamente por mi compartida.